



número 39 (primer semestre 2019) - number 39 (first semester 2019)

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal
Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Enemigos y compañeros. Peronismo e izquierda peronista según El Obrero y la Organización Comunista Poder Obrero (1969-1975)

Ana Costilla¹

¹ (IESAC-UNQ/CEICS
ana_costilla@hotmail.com)

Resumen

Nuestro artículo tiene por objetivo reconstruir y analizar la posición de la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) respecto del peronismo, durante el período 1969-1975. Ello implica, por un lado, examinar la caracterización que dicha organización elaboraba sobre el peronismo, partiendo de las concepciones de El Obrero, eje aglutinante de la futura OCPO. Por otro lado, estudiamos el accionar concreto que se desprendía de tal caracterización (por ejemplo, frente a las elecciones de 1973). Finalmente, analizamos el vínculo trazado por la OCPO con la izquierda peronista, dilucidando si existió una estrategia de alianza con ella y, en tal caso, cuál era su naturaleza. Utilizamos como fuentes documentos internos y prensas de la organización, así como entrevistas a ex militantes. Mediante su análisis, demostramos que El Obrero elaboró una caracterización del peronismo como movimiento burgués, contenedor de la radicalización política de las masas. A su vez, dichas concepciones se mantuvieron en la OCPO, aunque introduciendo matices en lo que concernía a su vínculo con la izquierda peronista, y a la lucha democrática, como producto del balance sobre las elecciones de marzo de 1973

El presente artículo tiene por objetivo reconstruir y analizar la posición de la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) respecto del peronismo, durante el período 1969-1975. Ello implica, por un lado, examinar la caracterización que dicha organización elaboraba sobre el peronismo, partiendo de las concepciones de El Obrero, eje aglutinante de la futura OCPO. Asimismo, estudiaremos el accionar concreto que se desprendía de tal caracterización (por ejemplo, frente a las elecciones de 1973). Por otro lado, analizaremos el vínculo trazado por la OCPO con la izquierda peronista, dilucidando si existió una estrategia de alianza con ella y, en tal caso, cuál era su naturaleza.

Lo que conocemos como OCPO fue el resultado de un proceso de confluencia de características singulares para la etapa (dado que el grueso de los partidos revolucionarios surgió a partir del crecimiento de un núcleo inicial, o de una ruptura de los tradicionales Partido Comunista Argentino y Partido Socialista). En efecto, entre 1973 y 1975, se produjo la fusión del grupo cordobés El Obrero (surgido en 1969 a partir de la disolución de la regional Córdoba del Movimiento de Liberación Nacional -MLN-) con una decena de diversos afluentes menores de distintas regiones del país: Poder Obrero (Santa Fe), Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Buenos Aires), Lucha Socialista (La Plata), ARDES (Tucumán), y desprendimientos de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) 22, FAL "Columna América en Armas", Acción Comunista, PRT-Fracción Roja y MR17. En dicho proceso, siendo la organización con mayor trayectoria, El Obrero se constituyó en el eje aglutinante de los destacamentos que se fueron unificando en torno al programa por la revolución socialista (Costilla, 2017). Una de las fusiones más relevantes (por el crecimiento

que trajo aparejada) fue la que se consumó entre dicha organización, Poder Obrero y el MIR hacia fines de 1974, dando nacimiento a lo que inicialmente se autodenominó Organización Revolucionaria Poder Obrero (ORPO), mientras se iniciaban las conversaciones con Lucha Socialista. Luego, en los meses de junio y julio de 1975, se producirá la unificación definitiva, tras la cual la organización resultante confirmará el nombre de OCPO, con el que se la conoció desde entonces.

Comenzaremos este trabajo reconstruyendo la línea política de El Obrero en torno al peronismo, para luego abordar su posicionamiento frente de las elecciones de 1973, el período de crisis y discusión interna posterior al triunfo del FREJULI, y finalmente la caracterización del peronismo en la OCPO. Debatiremos aquí con una idea frecuente en la escasa bibliografía sobre la organización, que plantea que la misma atravesó un proceso de acercamiento hacia el peronismo. Este fenómeno, que en general se ha atribuido al conjunto de las organizaciones de la denominada “nueva izquierda” (Tortti, 2014), sería resultado del balance autocrítico que realizó El Obrero en 1973. Así, en contraste con su anterior política de “izquierda sectaria”, distintos autores destacan sus planteos de unidad de acción (AA. VV., 2009: 208) en donde parecería no haber habido lugar para la delimitación política y la disputa programática con el peronismo. Por el contrario, sostenemos como hipótesis que las concepciones afectadas por la cuestión electoral se circunscribieron a la utilización táctica de la lucha democrática, y del vínculo con la izquierda peronista, sin modificar en lo sustantivo la caracterización de la naturaleza burguesa del peronismo, elaborada inicialmente por El Obrero y continuada en la OCPO.

La caracterización del peronismo antes del '73

Para comprender el marco teórico-político en que El Obrero analiza al peronismo, resulta necesario reseñar brevemente un aspecto central de su programa político, es decir, de las tareas revolucionarias por ella identificadas. En este sentido, destacamos un planteo fundamental que combate las tesis referidas al carácter nacional de la revolución en la Argentina. El Obrero nació de una breve experiencia como grupo de estudio, que transitaban militantes provenientes de la regional Córdoba del MLN (Pacheco, 2012). En principio se trató de “un grupo pequeño formado por estudiantes y unos pocos cuadros obreros [...] que tenía alguna inserción en fábrica y varios cuadros en los sindicatos de trabajadores estatales” (Castro e Iturburu, 2005: 104). Su actividad originariamente estuvo centrada en el debate teórico, pero con el Cordobazo se produjo un cambio cualitativo en la medida en que “a partir de entonces, la acción política ocupará el centro de la actividad” en un contexto de intensas luchas obreras. Pero el surgimiento de esta nueva organización era producto de la aparición de un programa nuevo, netamente socialista, distanciado de aquel que sus fundadores habían encarnado en el MLN. En efecto, un eje central para El Obrero era la anulación total de todo carácter progresivo de la burguesía nacional, en tanto había completado la etapa de construcción de su estado burgués:

No somos una semi-colonia, sino que dependemos del imperialismo desde el punto de vista financiero (entendiendo por esto todas las formas de dominación económica del capital financiero internacional), lo cual es distinto. La Argentina goza del derecho de autodeterminación nacional, lo cual no quiere decir que no exista dependencia respecto del imperialismo, sino que significa fundamentalmente que hay un estado nacional, burgués, constituido. Esto es muy importante, porque la constitución de una nación independiente, la constitución de un estado burgués, es la principal tarea revolucionaria de la burguesía, y en nuestro país, ya está cumplida. [...] no existe en nuestro país ninguna clase o sector de clase que no sea producto del sistema capitalista. [...] no existe ninguna revolución nacional que realizar [...] La única revolución necesaria y posible es la revolución socialista, sin tareas previas (El Obrero, 1971a: 3-4).

Es importante calibrar esta afirmación de El Obrero con relación a los diferentes programas en disputa dentro de la izquierda (maoísmo, guevarismo, trotskismo y estalinismo), pues todos ellos coincidían en postular el carácter incompleto, deformado o atrasado del capitalismo argentino. Estas perspectivas que enfatizaban, en mayor o menor medida, en la contracción Nación-Imperio, eran combatidas por El Obrero, argumentando que la contradicción fundamental era burguesía y proletariado, toda vez que “la nación burguesa se ha constituido en lo esencial” y es necesario “un programa que cuestione las bases del sistema burgués” (El Obrero, 1971a: 2). Resulta central, en esta concepción, la cuestión de las alianzas políticas de la clase obrera, alianzas que no implicarían una revolución democrático-burguesa, ya que no tendrían como objeto a la burguesía nacional o progresista, sino a la “masa de todos los oprimidos y descontentos de todo género [...] [que] objetivamente atacarán al capital” (El Obrero, 1970a: 7). En este sentido, El Obrero señalaba el interés de la burguesía en que la clase obrera asumiera que había una revolución nacional por cumplir, para desviarla de sus propios objetivos revolucionarios: “El quid de la cuestión está en que, si se considera que hay una etapa previa que cumplir, antes de la revolución socialista, una etapa nacional-democrática [...] es necesario incluir a la ‘burguesía nacional’ entre los aliados de la revolución” (El Obrero, 1971b: 5). Resulta interesante que, en este punto, El Obrero identificaba la fragmentación interna de la burguesía (en función del tamaño del capital) como un factor propicio para este tipo de estrategias:

El objetivo de facilitar la capitalización interna, o sea, desarrollar el capitalismo nacional, [...] constituyen medidas reformistas, dentro del sistema burgués ya implantado, y expresan a los sectores medianos y menores de la burguesía argentina, que tratan de instaurar un gobierno que, como el de Perón, los proteja y favorezca frente a los sectores más poderosos de su misma clase. Efectivamente, hay sectores de la burguesía que ven limitadas sus posibilidades de expansión económica por la competencia ruinosa de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros, y tienen

iniciativas políticas tendientes a romper este cerco [...]. Ejemplos típicos de esto son, precisamente, los programas de Huerta Grande, La Falda, y del 1° de Mayo de la CGT de los Argentinos (El Obrero, 1971b: 5).

De esta manera, nos introducimos en el problema del peronismo, al cual se lo vincula con los intereses de fracciones y capas pequeñas y medianas de la burguesía nacional.

Como parte de su proceso de definición y delimitación programática, El Obrero publicó en 1971 el documento *El peronismo, esbozo de tesis*. Allí afirmaba que el peronismo era un fenómeno político fundamental en la Argentina y por lo tanto sería necesario fijar una posición clara a la hora de construir una línea política revolucionaria. Dicha línea ya había sido llevada al terreno de la agitación sindical, como muestra el *Boletín para SMATA* n°6, elaborado a propósito del 25 aniversario del 17 de octubre de 1945, donde se explicaba la naturaleza de dicho movimiento político. El Obrero afirma allí que el peronismo es un fenómeno netamente burgués, que expresó el ascenso de un sector de la burguesía argentina, aquel ligado al proceso de industrialización liviana posibilitado por la crisis de 1929 en el sistema capitalista mundial, que permitió “un gran crecimiento del sector de la clase capitalista ligado a la industria [...] y al comercio” (El Obrero, 1970b: 1).² Este desarrollo habría hecho surgir nuevos sectores en la burguesía necesitados de emprender ciertas transformaciones para aprovechar la coyuntura. Perón vendría entonces a cumplir con esa necesidad histórica de los sectores industrialistas, aparecería como el adalid de sus demandas. Ahora bien, que el peronismo fuera producto de esa coyuntura implicaría que aquel movimiento tuviera, desde su nacimiento, fecha de muerte, puesto que “no pueden repetirse las condiciones nacionales e internacionales que le dieron origen”.

Por otra parte, en dicho boletín se descarta cualquier distinción entre “peronismo de izquierda” y “peronismo de derecha”, puesto que el carácter de clase del movimiento sería burgués, tanto por su ideología como por su práctica. Ideológicamente, según El Obrero, se define por la construcción de una patria “socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.” Sin embargo, tras la apariencia progresista de aquella fórmula política, se escondería el objetivo burgués:

La ‘Justicia Social’ significa simplemente salarios más altos; la ‘libertad económica’, la aspiración de la burguesía argentina de no tener que compartir con nadie la plusvalía arrancada a los obreros argentinos; y la ‘soberanía política’ la reivindicación de la autodeterminación nacional, falsa en países como el nuestro donde existe un Estado burgués constituido.

Si bien la transitoria prosperidad económica sobre la que se montó el peronismo permitió que la burguesía diera concesiones económicas a la clase obrera, El Obrero establece que estas se hicieron siempre en el marco del capitalismo y por la necesidad de

²Hasta que se indique lo contrario, las citas corresponden a este documento.

incrementar el mercado interno necesario para la industria liviana. De modo que “decir que el peronismo es un movimiento ‘popular’, o ‘frente policlasista’, sin aclarar paralelamente cuál era la clase hegemónica dentro de ese ‘frente’, es confundir las cosas.” En efecto:

el hecho que haya logrado la adhesión de la clase obrera no le da carácter proletario al peronismo [...] no existe una relación mecánica, directa ni permanente entre el contenido de clase de un partido político, y su base social predominante [...] un partido político burgués no deja de serlo porque logre el apoyo político de otras clases no burguesas.

La definición que entonces merecería el peronismo es la de un “movimiento burgués con apoyo político del proletariado (sin conciencia de clase) y de importantes sectores de la pequeña burguesía.” Esta caracterización a partir de la “ideología” peronista estaría confirmada por su misma práctica, la cual tendió a:

1) La conservación del Estado burgués, es decir el mantenimiento del aparato burocrático-militar separado de la población que sirve a la dominación de la clase capitalista. 2) No impulsó [...] la participación activa de las masas en el poder, ni el armamento general del pueblo [...] 3) Mantuvo íntegra e incondicionalmente la propiedad privada capitalista y el régimen de esclavitud asalariada [...] 4) Combatió directamente todo intento de organización política independiente del proletariado [...] 5) Liquidó la independencia de las organizaciones sindicales de la clase obrera [...] 6) una vez desalojado del poder, lejos de impulsar la acción revolucionaria de las masas las encauzó reiteradamente hacia los callejones sin salida de los golpes militares [...] los frentes [...] y las salidas electorales.

El mismo carácter burgués del peronismo haría imposible que fuera revolucionario en la medida que no le quedaría ya a la burguesía tareas pendientes por cumplir. Incluso el aumento general del nivel de vida respondería a intereses burgueses. En lo económico, porque ampliaba el mercado interno; y en lo político, porque permitía constituir una sólida base de apoyo en la clase obrera. Las nacionalizaciones habrían beneficiado a la misma clase, ya que las industrias repatriadas pertenecían a las ramas que no interesaban a los capitalistas por las grandes inversiones requeridas inicialmente. Una vez que el Estado asumió esas inversiones, las industrias habrían pasado a manos privadas, ahorrándose estas los gastos iniciales.

Con todo, el saldo histórico más negativo del peronismo para El Obrero habría sido la estatización del movimiento sindical y el surgimiento de las burocracias traidoras, es decir, de los enemigos de clase en el interior del proletariado. Ello redundó en la “pérdida completa de su independencia de clase, y su consecuente subordinación ideológica, política y organizativa a su enemigo de clase, la burguesía.” En este resultado también habría colaborado la “incapacidad histórica del reformismo (tanto el ‘socialdemócrata’ PS como el stalinista Partido Comunista) [que] estuvo y está determinada por la completa negación del

marxismo-leninismo." Para El Obrero, las implicancias del modelo sindical consolidado durante el peronismo se hicieron evidentes veinte años más tarde:

Ahora, que la explotación capitalista se hace más cruda y despiadada, los obreros nos encontramos con que nuestras organizaciones sindicales y sus dirigentes, en lugar de ser un instrumento en nuestras manos para resistir la explotación, son un instrumento de los capitalistas y el Estado burgués, que sirve para mantenernos en la pasividad y en la impotencia.

Esta caracterización del peronismo se encuentra en sintonía con el accionar político que desarrollaba El Obrero. En tanto organización que hacía de su lucha contra las direcciones burocráticas una de sus metas principales, era consecuente con el repudio y la condena del movimiento que consideraba creador de esas direcciones: "no hay posibilidad de formar los cuadros y los organismos que constituyen el germen del partido de la clase obrera, sin una lucha abierta o irreconciliable contra el peronismo, en el seno de las masas tanto como a nivel de la vanguardia."

No obstante, existen para El Obrero dos vertientes políticas que habrían conspirado contra dicha tarea, a saber: la izquierda nacional y el peronismo revolucionario. Ambas corrientes diferirían sólo superficialmente puesto que su esencia sería la misma.

La izquierda nacional partía de la "premisa básicamente falsa de que en nuestro país hay una revolución burguesa 'incumplida' [y] que existe una diferencia cualitativa entre la llamada 'burguesía nacional' y la 'oligarquía', planteándose la alianza antioligárquica y anti-imperialista del proletariado" (El Obrero, 1971c: 5).³ De este modo habrían levantado el programa peronista (atribuyéndole un contenido revolucionario) y habrían entendido el socialismo como capitalismo nacional o de Estado. Estas corrientes generalmente habrían defendido al peronismo alegando que dio a la clase obrera una experiencia de lucha. Esto sería falso para El Obrero puesto que "ciertamente la clase obrera ha librado en los últimos veinticinco años numerosas luchas: pero ha sido a pesar de la ideología y la dirección peronista." Intentando practicar una forma de "entrismo" para arrastrar a dicho movimiento hacia la izquierda, terminarían, por el contrario, "obstaculizando el rompimiento con el peronismo de los elementos más lúcidos de la clase obrera." Además, sería equivocado plantear que el peronismo hubiera creado la industria nacional. Los censos industriales (de los cuales El Obrero cita distintos porcentajes relativos al volumen de producción, ocupación de obreros y aporte al producto bruto) no lo avalarían ya que las ramas más importantes de la industria "son anteriores a 1946 y constituyen casi siempre, empresas originadas en la capitalización de la renta agraria asociada al capital extranjero."

En cuanto al peronismo revolucionario, según El Obrero este habría expresado "la actitud típica de la pequeña burguesía radicalizada por la crisis general del sistema en el país." A partir de su errónea identificación del socialismo con el capitalismo de Estado

³Hasta que se indique lo contrario, las citas corresponden a este documento.

terminarían “demorando el proceso de toma de conciencia del proletariado, ya que crean la ilusión de un peronismo revolucionario, obstaculizando el rompimiento con el peronismo.” El argumento principal de esta corriente sería que la clase obrera es peronista y seguirá siéndolo siempre, lo cual El Obrero rechaza señalando que ello:

está siendo hoy desmentido en varios lugares y por muchos hechos, pero aunque no fuera así, no cabe duda que la practica dará por tierra tarde o temprano con esta afirmación [...] la clase obrera va entrando en contradicción con el peronismo [...] pero para la ruptura completa con la ideología y la política burguesa, hace falta el surgimiento del elemento consciente, es decir, marxista-leninista.

Por ello sería completamente errónea la táctica de las organizaciones peronistas revolucionarias, las cuales caen en un seguidismo de la clase obrera al sostener que: “hay que acompañar a las masas en su proceso de toma de conciencia, dentro del peronismo; ser peronista mientras las masas lo sean, y ser lo más izquierdista posible en cada caso, dentro del peronismo.” En contraposición, El Obrero propone una estrategia que tendría como objetivo la educación política de la clase mediante: “la formación de un equipo político de vanguardia, necesariamente minoritario en su inicio, y que va ganando a las masas hacia su política en el transcurso de la lucha de clases. Precisamente porque la perspectiva socialista científica no surge espontáneamente de las masas.”

En suma, El Obrero pretende en este punto “desenmascarar” a las corrientes de izquierda nacional e izquierda peronista, que aparecen como los enemigos en las propias filas de los revolucionarios, ya que supuestamente estarían respondiendo a los intereses de la clase obrera, pero objetivamente terminan encarnando los intereses de la burguesía al adoptar un programa peronista. Es clara, en ese sentido, la posición de El Obrero: la necesidad de construir una vanguardia articulada con una clase obrera que está atravesando un proceso de quiebre respecto del peronismo, de cara a la lucha por una revolución socialista. El Obrero consideraba que la inserción fabril era el medio más adecuado para impulsar una política revolucionaria en nuestro país (de allí su trabajo político dentro de las fábricas buscando organizar a las bases, mediante Comisiones Internas, Delegados de Base y asambleas). Tal como revisamos en este apartado, El Obrero ubicaba el origen las direcciones burocráticas que frenaban la combatividad de los trabajadores, en la consolidación del “sindicalismo de Estado” por parte del gobierno peronista. El principal obstáculo, entonces, para la lucha sindical en particular, y para la construcción del partido revolucionario de la clase obrera en general, sería el peronismo y la clase que lo sustenta, la burguesía nacional, que limitarían las luchas obreras e intentarían instalar la idea de la posibilidad de un “buen capitalismo”. Desde esta óptica, dicha potencialidad contenedora de la lucha revolucionaria sería puesta en juego por la burguesía con el Gran Acuerdo Nacional (GAN), clave explicativa del regreso del peronismo a las urnas. Veamos, entonces, el análisis que realizaba de ello El Obrero, y qué lugar le otorgaba a la izquierda peronista.

El anti-peronismo en acción. El Obrero frente al GAN y las elecciones de 1973

En este apartado observaremos en la práctica el accionar de El Obrero, para estudiar cómo se plasmaron las posiciones teóricas anteriormente analizadas, en su praxis política.

En una nota del periódico *El Obrero* de diciembre del '72, titulada "El GAN, esa burla siniestra", El Obrero afirma:

[...] el GAN es un intento de acuerdo por arriba de todos los sectores de la clase capitalista, para hacer frente común contra el proletariado. Para poder ofrecer un bloque sólido en la lucha de clases, que les permita distraer la atención de las masas, crear expectativas y esperanzas que permitan desviarlas de su camino de lucha y - paralelamente- tener las manos libres para reprimir ferozmente a todo lo que se salga del 'libreto' (El Obrero, 1972a: 1).

Sin embargo, en este acuerdo que estipulaba la convocatoria a elecciones para marzo de 1973, se escondería también una disputa que, lejos de involucrar a civiles, por un lado, y militares por el otro, se desarrollaba entre "distintas fracciones de la burguesía por imponer su propia forma de solucionar la crisis económica y política del país" (El Obrero, 1972b: 1). En efecto, El Obrero refiere a la existencia de un "plan de la burguesía", con características particulares.

Por un lado, se asiste a una lucha inter-burguesa, entre diferentes fracciones de la burguesía (monopólica, y mediana y chica) pese a lo cual, más allá de su propia voluntad, todas deben "ir con el GAN" para salvaguardar la situación social, y cerrar el gran vacío político que se abrió en el proceso de masas tras el Cordobazo (favorecidas por la inexistencia de un partido marxista-leninista que le diera continuidad a la perspectiva revolucionaria). Pero el acuerdo interburgués debería lidiar con el problema del plan económico a aplicar por el futuro gobierno, ya que la crisis del país (que para El Obrero respondía a causas estructurales de la economía argentina) implicaba una disputa por el reparto de la plusvalía entre distintos sectores de la burguesía, de los cuales ninguno quería perder lo que consideraba que le correspondía.

Al mismo tiempo, en términos políticos, el GAN venía a condensar una serie de objetivos elementales dentro de la crisis hegemónica:

Encarar una política económica ecléctica, tendiente a 'remendar' en corto plazo los conflictos más agudos; prometer a los distintos sectores burgueses una posibilidad de incidir en la conducción económica; lanzar nuevamente a la primera plana a los partidos burgueses incluido, en primer lugar, el peronismo; neutralizar a los sectores más gorilas y fascistas de las FF.AA (capaces de hacer 'cualquier disparate' y echarlo todo a perder); reprimir ferozmente todo lo que pueda tener olor a 'subversión'; aplastar sin vacilaciones cualquier movilización de masas que amenace generalizarse y/o descontrolarse: he aquí la respuesta, global y coherente, que encontró la burguesía y que como es de dominio público se llama GAN (El Obrero, 1972b: 1).

Sin embargo, en cuanto a las perspectivas del acuerdo, El Obrero destacaba su mayor problema: lograr que de él emergiera un gobierno que fuera realmente legítimo, más allá del voto en las urnas. En este sentido, la lectura que presentaba la organización se basaba en un presupuesto que posteriormente se revelaría desacertado y la sumiría en un agudo debate. En efecto, El Obrero evaluaba que las masas se encontraban en un estado de indiferencia en relación con la apertura del proceso electoral. Esta situación estaría ligada al proceso de radicalización política que, según sus diagnósticos, había comenzado a operarse desde los sucesos del Cordobazo. Asimismo, la percepción de los trabajadores respecto del GAN, según las evaluaciones de la organización, era que la realización efectiva de los comicios no eran un hecho factible en el horizonte cercano:

[...] señalamos un hecho actual, a nuestro juicio ineludible: las elecciones no 'prenden'. [...] En la clase obrera, ni el propio peronismo suscita real confianza. La experiencia de los últimos años ha sido aleccionadora. [...] Algunos, los más avanzados, y seguramente una minoría, porque comienzan a comprender e intuir el problema de fondo que hay detrás del famoso 'sistema democrático'. Otros, porque han percibido el carácter político concreto que tiene esta maniobra electoral. Y la gran mayoría sencillamente porque no cree posible que se den elecciones o que si se dan serán retaceadas, proscriptivas, condicionadas, que el gobierno que surja tendrá las manos atadas o será rápidamente derrocado, etc. (El Obrero, 1972b: 1).

Ahora bien, esta cuestión nos conduce a profundizar, por un lado, en el papel otorgado por El Obrero al peronismo, dentro de esta estrategia general del conjunto de la burguesía. Por otro, debemos abordar su caracterización del desempeño de la izquierda peronista, a la luz de esta coyuntura.

En momentos aún en que la participación del propio Perón como candidato aparecía como una posibilidad real, El Obrero consideraba que, si bien era una pieza clave para el aval de las masas, el GAN tampoco dependía de él. En este sentido, Perón no tendría una estrategia propia, sino que "se mueve dentro de las tendencias objetivas del proceso." Desde la óptica de El Obrero, si hay una unidad de la burguesía, Perón no va a imponer condiciones que resulten inaceptables e impidan una salida de conjunto. Así como, si ve que las masas no acompañan el proceso electoral, posiblemente tome distancia y "se lave las manos".

Consecuentemente, El Obrero entiende el retorno de Perón como la muestra más cabal de que el acuerdo funciona "por arriba". En efecto, el General ha aceptado las condiciones impuestas por Lanusse y las FF. AA., lo cual le permite al presidente de facto presentar al acuerdo como ampliamente democrático:

Esto no quiere decir que Lanusse y Perón estén total y absolutamente de acuerdo en todo. Existen diferencias. Pero lo importante es que en lo fundamental si están de acuerdo: salir de la crisis política y económica en que estaba sumido el régimen,

aplazar el desarrollo revolucionario del movimiento obrero, lograr un futuro gobierno constitucional con apoyo de masas para que pueda aplicar alguna política económica con 'paz social', etc.

Puede concluirse, entonces, que la organización entendía el GAN como una apuesta de conjunto de la clase dominante. Sin menospreciar los enfrentamientos y sucesivas idas y vueltas en las negociaciones (principalmente entre Lanusse y Perón), entendía que la ruptura del acuerdo no estaba en el repertorio de posibilidades o, al menos, no era la voluntad detentada por ninguno de los protagonistas.

Como señalamos, las diferencias a las que alude *El Obrero* se ubican en el terreno económico, creándoles dificultades a todos los partidos y cámaras empresariales. Sin embargo, ello no perjudicaría al GAN, que es privilegiado por aquellos como herramienta para preservar el interés general de clase. En este sentido, el regreso de Perón sería utilizado por varios sectores como bandera de lucha contra la dictadura, con el fin de ganarse la simpatía de las masas. *El Obrero* señala que, por el contrario, los marxistas leninistas siempre afirmaron que el "luce y vuelve" no constituía una consigna revolucionaria, pues Perón no era revolucionario. Retomando sus definiciones programáticas en torno a la contradicción principal burguesía-proletariado, *El Obrero* remarcaba que aquel era el único enfrentamiento fundamental, frente al que Perón siempre representó la conciliación de clases para la preservación del capitalismo. Ahora, en el contexto particular de la apertura democrática, "Perón ha vuelto, y las masas no han sido movilizadas, ni de manera revolucionaria ni de ninguna otra manera. Se ha dedicado a trenzar interminablemente con los políticos más reaccionarios y más desprestigiados (*El Obrero*, 1972a). *El Obrero* refiere allí a la vinculación del General con Frondizi, político que había llevado a la clase obrera al hambre con sus "planes de austeridad" y represión feroz.

Como resultado de ello, para *El Obrero* el peronismo estaría atravesando una crisis, debido a que la agudización de la lucha de clases puso al desnudo su política. Esto habría producido un alejamiento del movimiento obrero -incluso de sus sectores más atrasados- hasta del propio Perón. Esto se explicaría por hechos como el no haber llamado a movilizar y luchar contra el régimen mientras estuvo en el país, o no presentarse como candidato (convirtiendo el operativo retorno en algo testimonial), los cuales habrían significado una burla para las propias bases peronistas, erosionando su vínculo con ellas.

Y digamos también que si el peronismo llegara al gobierno, eso será el último escalón de su crisis, porque en las actuales condiciones se demostraría de inmediato que la política de 'conciliación entre capital y el trabajo' no es más que una mentira que favorece al capital (*El Obrero*, 1973a: 1).

A este cuadro se le sumaría la falta de democracia interna en el peronismo. Diagnóstico que se basaba en el carácter social del partido peronista que, de naturaleza burguesa, no podría conciliar su propia democratización interna, al nutrirse de una base que

estaba compuesta mayoritariamente por su antagonista social: la clase obrera. En definitiva, para El Obrero la crisis del peronismo sería producto de su propio carácter de clase, en un momento en que la contradicción básica de la sociedad argentina tornaba imposible todo programa de conciliación. Esto profundizaría el proceso de alejamiento de los obreros más conscientes, que debía ser profundizado por la izquierda, esclareciendo el verdadero carácter del peronismo.

Porque no es cierto que la causa sean los malos dirigentes como piensan algunos compañeros. Los dirigentes son una consecuencia de la política que se impulsa desde el propio Perón [...] Un partido que tiene y se propone mantener la dirección de la clase obrera y paralelamente defender los intereses de los capitalistas, no puede hacer otra cosa que rodearse de traidores y tráfugas (El Obrero, 1973a: 6).

Nos adentramos, entonces, en el segundo aspecto del problema: las limitaciones que El Obrero identifica en el peronismo de izquierda. Retomando la idea de que se asiste a un proceso de desprestigio de los dirigentes peronistas ante la clase obrera, El Obrero analiza su situación dentro del movimiento que integra. En este punto, señala que la izquierda peronista es consciente del repudio de la mayoría a los candidatos oficiales peronistas, pero lo que no reconoce es que están puestos allí por el propio Perón, porque el peronismo es burgués y conciliador, así como también oculta la rechazación permanente de la línea política del peronismo frente a la agudización del enfrentamiento social. De este modo, la izquierda peronista sería incapaz de ver que el proceso político ha deteriorado al peronismo mismo, y en este sentido El Obrero reafirma que “cada vez la clase obrera es menos peronista y va en camino de dejar de serlo” (El Obrero, 1972b: 4).

Estos límites del peronismo de izquierda se manifestarían en que, aun sus grupos más radicalizados, solo pueden mantener una independencia de cierto sector burocrático o de alguna camarilla dirigente, pero nunca de Perón y su política global. En este sentido, el desprestigio también los alcanzaría a ellos (por ejemplo, con el pasaje a la izquierda revolucionaria de los “mejores elementos obreros” que antes se acercaban al Peronismo de Base). Para El Obrero, esto es así porque “en este momento el peronismo llamado revolucionario cumple un papel reaccionario, porque objetivamente coadyuva a mantener la clase obrera bajo una bandera y una conducción burguesas” (El Obrero, 1972b: 4) al crear una imagen revolucionaria del peronismo capaz de retener dentro del movimiento a los sectores que se radicalizan. Es decir que “funcionan como cualquier ala de izquierda de partido burgués popular.” Esto se vincula con la composición de clase del peronismo de izquierda, caracterizado como pequeño-burgués, y de una concepción ideológico-política oportunista.

Con todo, en este marco, El Obrero señala que no es absolutamente imposible llegar a una alianza sindical con la izquierda peronista, pero sí muy excepcional, para cuestiones bien concretas y sobre la base de acuerdos muy limitados, siendo el único sector peronista con el que cabría considerarlo. Se trataría de circunstancias coyunturales, dado que (por su

naturaleza pequeño-burguesa) el peronismo de izquierda “pendula” entre la alianza con expresiones burguesas “nacionales” y burocráticas “combativas” (legalismo), y seguir a la cola del clasismo. Así, por ejemplo, en Fiat, el peronismo de izquierda se presenta como alternativa opuesta a una fuerza clasista en desarrollo, tendiendo a aliarse con el sector legalista, colocándose a la derecha. De este modo, para El Obrero una eventual alianza dependería incluso de factores más concretos: la correlación de fuerzas en cada gremio, cuán abiertamente represiva y pro-patronal es la burocracia sindical, y cuán desarrollado se encuentra el clasismo.

Finalmente, El Obrero presenta una distinción entre las tareas de agitación y las de propaganda –en términos leninistas– en lo que respecta a combatir ideológicamente al peronismo:

[...] debemos mantener y acentuar nuestra labor de esclarecimiento y denuncia del peronismo, aportando a la masa la mayor cantidad de material probatorio del carácter decididamente burgués del mismo, y librando sin concesiones una lucha política e ideológica para ganar a los elementos más esclarecidos, en particular de la juventud obrera. Naturalmente, a nivel de masas [...] lo más fácil de captar es el carácter reaccionario de las propuestas políticas actuales a través de las cuales se expresa, en las cuales se materializa, el reaccionarismo del peronismo y de Perón. Por eso la agitación, los ejes de lucha a nivel masivo, deben centrarse allí mientras que es función de la propaganda comunista relacionar eso con todo lo que es el peronismo desde el punto de vista histórico, de clase, ideológica, etc. (El Obrero, 1972b: 4).

Aquí es importante mencionar que El Obrero advierte que romper con el peronismo no implica aceptar el socialismo. Es decir, que no opera un pasaje automático, sino que la “desperonización” es un proceso de ruptura ideológica todavía no resuelto, y del cual los revolucionarios tienen que tomar nota para promover su desenvolvimiento político. Así, de cara a las elecciones:

Los activistas más esclarecidos y enérgicos deben ponerse al frente del proceso de la lucha de masas, presentar una alternativa clasista, claramente diferenciada de todas las variantes burguesas y reformistas y paralelamente ir formándose como militantes políticos revolucionarios, firmemente formados en la ideología proletaria, el marxismo leninismo y organizados políticamente en torno a la única línea correcta en nuestro país: la revolución socialista en tránsito al comunismo [...] (El Obrero, 1972a).

En este apartado reconstruimos la lectura política sobre la cual se fundamentará la posición asumida por El Obrero frente a los comicios un año más tarde, que fue el “voto repudio” o “voto programático”. La organización agitó esta posición política públicamente para las elecciones de marzo, con volanteadas en puertas de fábrica, tanto en Córdoba como en la flamante regional de Buenos Aires. Sin embargo, esa campaña no se repitió en la elección de septiembre. En el medio ocurrió el amplio triunfo de Héctor Cámpora,

encabezando la lista del FREJULI, con una participación electoral nunca antes registrada. Ello abrió un proceso de autocritica dentro de El Obrero, por haber subestimado las expectativas de las masas en la apertura democrática, en general, y la posibilidad de un masivo respaldo a un gobierno peronista, en particular. De este modo, tanto la evaluación de la endeble base social de los programas burgueses en disputa, como la sobreestimación del fenómeno de “desperonización” de las masas, es puesto en cuestión por la propia organización, cuya crisis interna algunos autores señalan como bisagra en la lectura misma del peronismo. Sin embargo, trataremos de precisar en los siguientes acápite, hasta qué punto dicho quiebre afectó su programa y estrategia política.

La “crisis del ‘73”: ¿un acercamiento al peronismo?

Una de las características comunes a todas las organizaciones que confluyeron en la OCPO desde 1974, fue la campaña por el “voto repudio” o en blanco en las elecciones de 1973, con la única excepción de Lucha Socialista. No obstante, esta última también compartía con los demás afluentes una caracterización del peronismo como movimiento burgués. En efecto, una sobreviviente ex militante de Poder Obrero recuerda:

La caracterización del gobierno peronista es que era un gobierno democrático-burgués. [...] Éramos muy gorilas, pero había sectores que ya en ese momento estaban... Juancito Iturburu, él era el más populista. Lo que pasa es que nosotros, al considerarnos una nueva izquierda, la idea de populismo estaba mal visto. [...] En el grupo originario se discutió qué posición tener frente a las elecciones, y era el voto en blanco. Lo que ganó fue el voto en blanco, se dio toda una gran discusión [...] discutíamos todas las propuestas que estaban circulando por la izquierda, y nos volcamos hacia el voto en blanco. [...] digamos, si había algo que nosotros todavía en ese momento no se recuperaba [sic], era la acción democrática. Como se definía, justamente, la vía violenta de toma de poder [...]. (Entrevista a “Cheli”, junio de 2018).

Si bien refiere a la experiencia más concreta de la organización santafesina, en un momento en que comenzaba a estrechar su contacto con El Obrero de Córdoba, la entrevistada anticipa algunos problemas que abordaremos en este apartado. Aparece, por un lado, la distinción dentro de la OCPO de una tendencia más indulgente hacia el peronismo (identificada como “populista”) y por otro, el problema de la lucha democrática como balance del posicionamiento asumido en 1973.

En uno de los pocos trabajos que han abordado la historia de la OCPO, Ana Mohaded (investigadora y a la vez ex militante del frente estudiantil de la organización), sostiene que la posición de El Obrero fue de una “clara definición de alianza”. Sin embargo, reconoce que en torno a la comprensión del “significado” del peronismo, existen diversos “registros”. Siendo un estudio basado casi exclusivamente en testimonios orales, presenta la debilidad metodológica de no recurrir al análisis de documentos escritos para saldar esa contradicción entre los entrevistados. Pese a ello, la autora afirma que “es centralmente la valoración del

peronismo lo que hace estallar la crisis del '73. En ese momento se abre un debate que se comparte y recoge el aporte de los militantes de otras provincias, en un proceso en el que se acercan y alejan diversos grupos" (Mohaded, 2009: 54). El grupo disidente que tomó mayor forma orgánica y terminó rompiendo con El Obrero, es el identificado en la bibliografía como "grupo de Javier". Este último era entonces dirigente de la organización, y respecto a su desvinculación recuerda:

Uno de los motivos, tal vez el más fuerte, de la ruptura fue que la crisis de marzo del '73, cuando Cámpora gana las elecciones [...] era como unos meses de terapia intensiva para ver si entendemos lo que nos pasó. [...] Nosotros lo que veíamos es que [...] no éramos la única organización, el único grupo, que estaba problematizado a partir de lo de las elecciones, que nos había derrumbado un poco toda la estantería. (...) La autocrítica la hicimos en común, al ultra-izquierdismo, fue muy en común. Y en adelante fue que empezaron las discrepancias. [...] La fracción disidente se arma después de marzo del '73, habíamos estado totalmente de acuerdo con el voto repudio. Monolíticamente de acuerdo. Tenemos que sentarnos a pensar a ver qué pasó. En un primer momento nuestra actitud fue 'necesitamos un poco más de tiempo para pensar'. [...] Luego empezaron [sic] a venir un exceso de simpatía por la JP y por Montoneros. [...] Fueron dos meses de asamblea, hasta que el grupo de los dirigentes (todos menos yo) decidieron tomar una postura. De mi punto de vista, se podía hacer eso de un modo menos... se podría haber seguido discutiendo. Dijeron 'bueno, se acabó la discusión, cortamos.' Es una cuestión de definición política y yo creo que eso es lo que les permitió tener un crecimiento y potenciarse tanto. (Entrevista a Javier, julio de 2018).

El testimonio confirma que El Obrero ingresó en una etapa de revisión de su lectura política, que afectó la vida del conjunto de la organización. Incluso, por moción de la dirección nacional, la fracción disidente viajó a la regional bonaerense para reunirse con los militantes locales y transmitir su posición. No obstante, el testimonio no abunda en las diferencias concretas, más allá de aludir a un acercamiento de El Obrero con la izquierda peronista. Este proceso orgánico cerró ante la necesidad de retomar la actividad política de la organización, lo cual el entrevistado entiende hoy como una virtud que le permitió crecer a El Obrero, frente a su propia postura de continuar en el "impasse" con el debate. Luego de su salida, este grupo (de alrededor de treinta militantes) se incorporará a otra organización socialista de menor tamaño: Orientación Socialista, conocida por ser Ismael Viñas uno de sus referentes. Allí se encontraron con una posición ante el peronismo, que Javier recuerda aún mucho más "gorila" que la de El Obrero, y evocando esas diferencias internas, señala:

Dentro de El Obrero también había esa polarización. Por ejemplo, Juancito y el gordo Lowe [...] eran de una, cómo te diría... hoy usaríamos la palabra 'populismo'. Ellos tenían, en la táctica con el peronismo, o con la JP sobre todo, o con los Montoneros,

una actitud mucho más abierta, amplia y donde la táctica prevalecía a la estrategia, que la que tenía el “Chacho” Rubio, que la que tenía en su primer momento Carlos Fessia, y los rosarinos. Los rosarinos, Chacho (que le decíamos Julio), tenían una posición más parecida a la nuestra, más preventiva, más de decir ‘cuidado, nosotros no podemos dejar de hacer críticas al peronismo, no podemos dejar de hacer críticas a Perón. Tenemos que ser muy firmes en la crítica ideológica y no solamente política’, que hagamos mucha política y mucha crítica política no significa que dejemos de dar una lucha ideológica, por miedo a ser considerados teoricistas, gorilas, bla, bla.

Esta caracterización que realiza Javier de Juan Iturburu concuerda con la visión que el propio fundador de *El Obrero* (y de los pocos dirigentes que sobrevivieron a la brutal dictadura del ‘76) presenta de la crisis interna:

[...] nosotros nos dejamos llevar por aquel aspecto fenomenológico que era patrimonio de sectores del activismo más concentrado. Y esa fue nuestra sorpresa el 11 de marzo. Que el peronismo existía y ¡cómo existía! [...] Luego del debate, que se abre en la crisis del ‘73, se incorpora al peronismo como una fracción significativa y hasta dominante en el proceso revolucionario, ya que los sectores populares en forma absolutamente mayoritaria seguían siendo peronistas, y su protagonismo en el proceso revolucionario era determinante. Eso marca una ruptura con respecto al concepto anterior. Lo que no terminamos de incorporar, aunque el gordo “Pata” [Carlos Lowe] lo balbulcea, es que en este país [...] la lucha democrática, era el peronismo. [...] Nosotros ni siquiera llegábamos a elaborar eso, sino al contrario, cristalizábamos la posición izquierdista: que el proceso electoral era un proceso de coacción y envilecimiento del movimiento popular por parte de la gran burguesía. (Mohaded, 2009: 56).

Lo que los testimonios nos permiten observar es que *El Obrero* efectivamente atravesó un proceso de revisión importante, desde el punto de vista de la paralización de las actividades militantes y el involucramiento de toda la organización en él. Un dato ilustrativo de ello lo encontramos en la discontinuidad de la prensa de la organización. *El Obrero*, que hasta entonces salía con una frecuencia mensual sostenida, dejó de editarse entre febrero y noviembre de 1973, lo cual podría indicarnos que la crisis abarcó todo ese período. Por otra parte, aparece en los testimonios la existencia de cierta tensión al interior de la organización respecto de la posición sobre el peronismo y el vínculo a trazar con la izquierda peronista, pero no queda claro de qué manera se saldaron las diferencias. Aunque permiten delinear los problemas, las entrevistas brindan pocos elementos para comprender en mayor profundidad cómo se vieron afectadas sus concepciones programáticas. En este sentido, debemos contemplar las particularidades de las fuentes orales, tan valiosas como demandantes de recaudos metodológicos específicos. El más importante de los cuales es considerar que los protagonistas hablan desde el presente, y que sus recuerdos están mediatizados por balances políticos personales y su experiencia de la derrota. Por este

motivo, consideramos apresurada la afirmación de Mohaded quien, sin avanzar en el contraste con diversas fuentes, sostiene que la autocrítica llevaría a El Obrero, y luego a la OCPO, a situarse “en una línea de mayor acercamiento con el peronismo” (Mohaded, 2009: 133), sin mayores precisiones respecto de lo que ello implicó. Esta lectura fue luego replicada en otros trabajos (Cormick, 2016) dejando pendiente una reconstrucción más acabada de los lineamientos que asumió la organización en relación al gobierno peronista, por un lado, y la izquierda de dicho movimiento, por el otro.

A continuación, nos proponemos aproximarnos al problema, a través de documentos escritos, donde encontramos plasmados algunos aspectos de la autocrítica que se hicieron públicos en las páginas de *El Obrero*, así como notas de análisis de coyuntura que muestran su lectura del peronismo post elecciones. Se debe tener en cuenta que, dado que coincide con el momento en que El Obrero comienza a actuar junto con Poder Obrero y el MIR (en un proceso de creciente unificación orgánica), a medida que avanzamos en el tiempo, los documentos expresan en mayor medida la posición de la OCPO, y ya no solo de la organización que fuera su eje aglutinante.

De reformulaciones y continuidades

El primer número de *El Obrero* publicado después del balance interno contiene la nota “Nuestros errores”, referida a las debilidades y los desaciertos de la izquierda revolucionaria frente al proceso electoral. En efecto, sostiene una serie de consideraciones que atañen a la izquierda en general, y a la propia organización, en particular.

Se parte de reconocer dos hechos: que el 11 de marzo ganó de manera arrasadora un partido burgués, y ese partido es nada menos que el peronismo, y que la izquierda no solo no previó dicho resultado, sino que consideraba que el boicot electoral (en sus distintas formas) tendría una gran recepción y repercusión en las urnas. El resultado fue otro: el FREJULI consiguió canalizar ampliamente el movimiento anti dictatorial, gestado desde el Cordobazo. A partir de ello, la primera reflexión de El Obrero fue una autocrítica. Esta apuntaba a su lectura errónea del vínculo entre el peronismo y la clase obrera, es decir, de ese fenómeno de “desperonización” que la organización había sobredimensionado:

Evaluamos mal el desarrollo de la lucha de clases, el desarrollo político general en lo que al Gran Acuerdo Nacional, a los partidos y a la relación del proletariado con el peronismo, se refiere. [...] el peronismo para poder resolver su contradicción con la dictadura se ve obligado a apoyarse en las masas desde antes y durante la campaña electoral, pero para poder apoyarse necesitaba adaptarse a las nuevas condiciones políticas, al desarrollo de la conciencia política del proletariado. [...] La nueva relación de la clase obrera con el peronismo representa un gran nivel de exigencias, de satisfacción de todas las aspiraciones no meramente económicas, sino político-democráticas de participación en el poder político desarrolladas, elaboradas en el

transcurso de la lucha directa, de las movilizaciones de masas contra la dictadura [...] la clase obrera tenía una conciencia política no saldada aun por la experiencia de 18 años (o mejor dicho de 28). Comenzó a hacerlo por la vía de la lucha directa y la impotencia del peronismo para canalizarla. Interrumpida esa vía, la conciencia peronista de la clase obrera seguía existiendo (El Obrero, 1973b: 4).

Atendiendo a las caracterizaciones de las movilizaciones de masas posteriores (fundamentalmente, pero no exclusivamente, Ezeiza) podemos calibrar la magnitud de la crisis interna de El Obrero, por lo desacertado de su anterior lectura. No obstante, la organización rechaza que el resultado electoral haya significado un triunfo de la clase obrera, ya que sus direcciones no fueron ganadas por expresión directa del movimiento obrero, ni siquiera reformistas, al estilo de la Unidad Popular en Chile. Es decir, que no encontramos aquí una re-conceptualización del peronismo en tanto movimiento burgués, sino un ajuste en la lectura de su relación con las masas. Lo que prevalece en este documento es más bien una valorización de la cuestión democrática como terreno para desarrollar la disputa ideológica:

El 11 de marzo había que participar de las elecciones, mientras que no haya una alternativa revolucionaria de poder político de la clase obrera, es la democracia burguesa la que puede influir sobre las masas, que creen sinceramente en la validez de esas instituciones. [...] Los comunistas deben educar a las masas de que esas instituciones representan y sirven al enemigo de clase, pero hasta que no pueda ser destruido por la revolución, es necesario participar para acelerar su desgaste [...] los comunistas deben utilizar las instituciones representativas de la democracia burguesa como tribuna de agitación revolucionaria (El Obrero, 1973b: 4-5).

El Obrero da incluso un paso más en este razonamiento sobre las oportunidades que brindaba la apertura electoral, y afirma que tendría que haber apoyado la fórmula del FREJULI. No se habría tratado, sin embargo, de un apoyo genuino al peronismo, sino de una táctica para colaborar con el despliegue de la contradicción con su base social, que lo desbordaba en objetivos, y de esa forma demostrar su naturaleza e incapacidad:

En esas condiciones, el peronismo condicionado por las masas, era necesario que los comunistas ayudaran al FREJULI a llegar al gobierno, a agotar el proceso político del peronismo, el más grande y el único partido burgués capaz de contener efectivamente a las masas [...]. Porque el voto al peronismo debía servir, no para conciliar y ayudar al peronismo burgués, para hacer oportunismo con el peronismo pequeño-burgués, sino para ponernos en las mejores condiciones para combatirlo. El apoyo al FREJULI debía ser completado con la más enérgica crítica, con el más penetrante alerta del verdadero carácter de clase del peronismo y de sus planes para el gobierno, cosa que no hicieron una serie de grupos que lo apoyaron. [...] el 11 de marzo era necesario, para estimular ese proceso, convertirnos en el mejor canal de expresión de esa presión de las masas. Eso iba a proporcionarnos las mejores condiciones para desnudar las

vacilaciones, la claudicación de estos funcionarios, y las limitaciones del ala izquierda del peronismo burgués [...] (El Obrero, 1973b: 5).

Es importante considerar que esta reflexión no tenía ningún correlato en la práctica real, puesto que, frente a la candidatura de Perón-Perón, El Obrero (en su mayoría regional cordobesa, donde se encontraba la dirección nacional) optó por el voto en blanco. Sin embargo, esta posición encontró resistencia entre los militantes de Buenos Aires:

Ahí tuvimos el primer problema [...] Ahí fue la primer crisis, digamos. Pero la saldamos, que se yo, se saldó como se pudo. [...] Me acuerdo Valentín, compañero de la dirección, que dice 'nosotros sabemos los bueyes con los que aramos. Damos el apoyo crítico, y queda el apoyo y se pierde lo crítico', dice. [...] vino Juancito [Iturburu] acá a tratar de convencernos. [...] y bueno, hace todo el planteo de por qué no había que votar, por qué había que votar en blanco. Y dijimos que no... fue el momento de mayor tensión, después desapareció. (Entrevista a Mario, agosto 2018).

Con estos elementos podemos aseverar que la crisis interna de El Obrero se saldó cuando ya no tenía ningún efecto práctico, es decir, luego de los segundos comicios. En cambio, no se podía zanjar mientras tuviera vigencia la cuestión electoral, y ello explica que la organización no hubiera podido conciliar un posicionamiento público frente a las elecciones de septiembre. Por lo tanto, en este cuadro, el balance que aquí encontramos respecto de la conveniencia táctica del apoyo al FREJULI, podría ser una concesión a la fracción más "populista" (en sus propios términos) de la organización. No obstante, lo cual, como veremos, en los hechos posteriores no se observa un cambio en lo sustantivo de la caracterización del peronismo.

Por otra parte, el fragmento antes citado agregó un matiz en el análisis de la situación política: el grueso de la clase obrera no había dejado de ser peronista, pero sus aspiraciones rebasaban los límites del programa de gobierno de Perón, cuando no eran directamente opuestos. Recordemos que nos encontramos en plena afirmación del "Pacto Social", acordado entre el Ministro de Economía José Ber Gelbard, la Confederación General Económica y la CGT de José Ignacio Rucci, que congelaba precios y salarios por dos años, anulando la discusión paritaria. A la vez, por la reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales, se consolidaba el lugar de las direcciones sindicales burocráticas y adeptas al gobierno, frente al ascenso de representaciones gremiales combativas, e identificadas con los partidos de izquierda, en comisiones internas y cuerpos de delegados. En este sentido, El Obrero denunciaba que Perón prestó conformidad al proceso reaccionario que, desde el "golpe" de julio -que terminó con la presidencia de Cámpora- venía avanzando sobre los pocos lugares de poder ganados por la izquierda del movimiento peronista hasta ese momento. Sin embargo, de cara al movimiento obrero, El Obrero señalaba que quien mejor había capitalizado el proceso político reciente fue la "vacilante" JP, merced a los errores de la propia izquierda:

[...] nuestro economismo y espontaneísmo nos llevaba a ignorar la política, no solo la política revolucionaria sino la política burguesa, que era olímpicamente dejada de lado por nuestro clasismo. Así, cuando la historia produjo un giro particular e inesperado, con nuestra concepción nosotros seguimos en línea recta, ignorando la política, las elecciones, todo el proceso político. [...] sin entender eso no es posible entender por qué la izquierda llegó sin una alternativa revolucionaria a las elecciones, sin tener organizaciones. [...] Hoy Perón ya está en el gobierno frente a las masas que confían en él. Se abre la posibilidad objetiva de que la clase obrera comprenda qué representa Perón verdaderamente (El Obrero, 1973b: 14).

Presentado su balance sobre el desempeño de la izquierda en las elecciones, otras notas contenidas en el mismo número del periódico completan el análisis de situación más general, y la lectura que entonces realizaba El Obrero del gobierno peronista y del propio Perón.

La asunción de Cámpora seguida por la manifestación que forzó la liberación masiva de presos políticos (“Devotazo”), junto a las tomas de establecimientos y emisoras de radio, evidenciaron para El Obrero las ansias de participación directa de los trabajadores en el poder. Estas acciones reafirmaban las banderas gestadas en el Cordobazo. Es decir que, lejos del panorama que había imaginado la organización, la apertura de las instituciones democráticas habría implicado un crecimiento en la movilización de las masas. Pero frente a ello, la respuesta burguesa era la misma que ensayaron Onganía, Levingston y Lanusse: represión, matonaje, tortura e intimidación. “Con la única diferencia de que, en este caso, el peronismo por ser una fuerza política con gran arraigo en la masa, le permite poder operar con mayor fuerza contra el movimiento obrero.” Y también contra su propia ala izquierda, y en este sentido menciona El Obrero la censura por el propio Consejo Superior Justicialista de las revistas *El descamisado*, *Ya* y *Militancia*.

Así, se prohíbe que los nucleamientos revolucionarios, sean peronistas o no, puedan utilizar la prensa oral y escrita para hacer conocer sus ideas. Se declara ilegal al PRT El Combatiente, se pone presos a los miembros de la redacción del periódico El Combatiente, se prohíbe la portación de armas, mientras es público y notorio el uso de armas de guerra provistas por la policía y el ejército de los matones de la burocracia y los agentes de López Rega y Osinde (El Obrero, 1973b: 2).

Todas estas medidas represivas (entre las que incluyen también la intervención de las gobernaciones de Mendoza y Salta -más receptivas a los reclamos populares-) contaban con la impunidad y apoyatura en los Ministerios de Interior y Bienestar Social, la Policía Federal o el Ejército. Su correlato con la ofensiva dentro de gremios como el SMATA, Luz y Fuerza, y Sanidad, demostraban para El Obrero que se trataba de una estrategia de conjunto de los capitalistas, para neutralizar el avance de la clase obrera. En este sentido, a fines de 1973 El Obrero sostenía su lectura del gobierno peronista como representante de los intereses de la

burguesía, y de las debilidades que por tanto acarrea la izquierda de dicho movimiento. Posiciones completamente coherentes y en continuidad con las que analizábamos al comienzo de este trabajo:

Pero la principal arma con que cuenta la burguesía argentina no es la del matonaje. [...] Sino que el arma fundamental es política: es Perón y el tremendo prestigio que tiene en el seno del proletariado. [...] Su denuncia a cualquier grupo revolucionario, el impulso y apoyo personal a las medidas económicas del equipo Gelbard, o bien, el apuntalamiento a figuras de la camarilla sindical, puede sumergir en el desconcierto a importantes sectores del Movimiento Obrero y llevarle confusión con respecto a sus reivindicaciones más sentidas. Y también es consecuencia de ese prestigio que Perón pueda sembrar el desconcierto en el seno de la vanguardia de la clase, de sectores populares y de la intelectualidad, de forma tal que gran parte de esta última, y sobre todo, aquellos nucleados en la JP, mantengan todavía una esperanza en que Perón impulse una perspectiva revolucionaria, que sea un conductor de las masas hacia el Socialismo, esforzándose en darle una justificación teórica rebuscada, una interpretación táctica a las decisiones directas de Perón o al aval tácito de su silencio, a cada medida que la dirección justicialista descarga sobre la izquierda de su movimiento (El Obrero, 1973b: 2).

Para El Obrero, este papel desempeñado por Perón en la ofensiva derechista, era un elemento a clarificar de cara al movimiento obrero. Es interesante porque, en este punto, vemos cómo la organización ha pasado de evaluar la existencia de un proceso de “desperonización” a considerar un problema central el arraigo de la conciencia peronista, a pesar del propio Perón y su política de gobierno:

Perón puede conseguir aún más: puede lograr que compañeros peronistas que no reniegan de la lucha que asumen que hay que combatir para lograr las reivindicaciones de los trabajadores, y que son torturados por los agentes que aquellos personajes que rodean a Perón, sigan siendo peronistas y sigan creyendo en Perón. Y quizás muchos compañeros se sientan sorprendidos, e incluso pueden reaccionar indignados al leer estas líneas, al ver que para nosotros el principal responsable de toda esta política es Perón, por el cual lucharon y murieron durante 18 años. Pero es así. Nada induce a pensar que Perón esté disconforme con López Rega, con Osinde, Iñiguez, y el gran capitalista Gelbard; por el contrario, hasta ahora, en todas, absolutamente todas sus declaraciones, apoya su política y actos, y si se ha decidido a asumir el Gobierno nacional es porque el capitalismo exige su prestigio a fin de imponer el plan de ‘Reconstrucción nacional’ (El Obrero, 1973b: 2).

Posteriormente, en marzo de 1974 (en la etapa de unificación hacia la formalización de la OCPO) El Obrero, Poder Obrero y MIR discutieron con el resto de la izquierda (mediante las páginas de *El Obrero* ya como órgano conjunto) la caracterización del gobierno peronista. Por un lado, negaban que se tratase de un gobierno reformista burgués, dado que lo que impulsaba era un proyecto netamente monopolista, basado en la super-

explotación de la clase obrera, sin ninguna concesión “seria”. Es por ello también que se abocaría al desplazamiento de la izquierda y al ataque a la capacidad de movilización de la JP. Con su complicidad (a través de los ministros Osinde y Otero) se realizaban también los golpes policial-fascistas como el del Navarrazo en Córdoba. Para estas organizaciones, la caracterización errónea del gobierno como reformista burgués contenía el peligro de alentar las esperanzas en no cerrar la posibilidad de un giro a la izquierda del mismo, aumentando la confusión en la clase obrera.

Sin embargo, por otra parte, la ORPO discutía que se tratase de un gobierno fascista. Había un ataque (incluso en el terreno de las leyes) a las libertades democráticas y a la iniciativa de las masas, que naturalmente chocaban con el plan de recuperación del capitalismo argentino. Pero sería errado concebir toda forma de represión y reacción como fascismo. En este sentido, la ORPO señalaba el hecho de que se trataría de un gobierno burgués que había llegado al poder con el más amplio aval de las masas:

No comprender en profundidad esta peculiaridad nos puede llevar a chocar incluso con la misma clase obrera, al no resolver con justeza su ruptura ideológica y política con el nacionalismo burgués. [...] Caracterizar al gobierno de fascista (o hegemonizado por el ala fascista) arroja importantes peligros políticos [...] caemos en una subestimación del enemigo de clase. Lo vemos totalmente aislado de las masas (e incluso repudiado por ellas). [...] Generalizar los rasgos fascistas a importantes sectores de la burguesía o confundir los rasgos represivos y derechistas de los gobiernos burgueses con el fascismo, [...] puede llevarnos a sobrestimar la actitud opositora del reformismo y de esta forma adoptar propuestas incorrectas en un planteo de unidad de lucha anti-fascista, diluyendo en ese frente las banderas obreras y populares (El Obrero-Poder Obrero-MIR, 1974: 8).⁴

En suma, para la ORPO no habría nada de extraordinario en el gobierno de Perón en tanto variante de un régimen político burgués:

El General Perón dirige la política de la burguesía argentina. Es su dirigente más lúcido [...] instrumenta a la fracción ultraderecha del movimiento justicialista para resolver problemas existentes en las distintas esferas de la sociedad. Pero su proyecto económico sigue siendo el de un país capitalista que puede negociar desde una relativa posición de fuerzas con los países imperialistas y al mismo tiempo especula con una democracia ‘integrada’, a la francesa, donde se exprese una tibia oposición parlamentaria [...] y reprimiendo las manifestaciones revolucionarias u opositoras que puedan cuestionar seriamente su plan [...] podríamos caracterizar al actual gobierno como parlamentario de derecha, como un Estado ‘fuerte’, represivo, único modelo que puede corresponder con el plan monopolista (El Obrero-Poder Obrero-MIR, 1974: 7).

El peligro que visualizaba la ORPO en este momento (mediados de 1974), en un contexto de agudización de la lucha de clases, era tanto que el reformismo canalizara las expectativas de las masas, como que la burguesía ensayase una represión preventiva contra el movimiento obrero. En este sentido, avizoraba lo que comenzaría a desplegarse un año más tarde, con el “Operativo Independencia” en Tucumán y el “Operativo Serpiente Roja” del Paraná, durante la presidencia de Estela Martínez de Perón.

Ahora bien, para la OCPO ¿qué tareas le cabían a la izquierda en este cuadro? La pregunta nos conduce al último punto de análisis: la relación con el llamado peronismo revolucionario. Ya a fines de 1973, El Obrero proponía una alianza en el campo de la izquierda para delimitar sus reivindicaciones de conjunto de los intereses de la clase dominante, dejando en evidencia para cuál de los dos bandos jugaba el gobierno peronista:

Frente a una situación política tan compleja, donde el enemigo que se enfrenta cuenta con mayores recursos que las que ayer contara la dictadura militar, es fundamental que la izquierda encuentre puntos de unidad que, aunque sean mínimos, permitan promover los objetivos de lucha, de forma tal que la clase obrera se reconozca en ellos como fuerza social unificada con intereses contrapuestos a los que sus explotadores y en ese marco empiece a visualizar entre esos dos campos, en qué terreno se ubica el gobierno. La burguesía se esfuerza por apaciguar la lucha de clases, por estabilizar la situación política y de esa manera imponer su plan de ‘reconstrucción’ del capitalismo argentino, mejorando de esa forma sus ganancias y negocios. Para ello, apuesta a que el prestigio de Perón opere como un factor de aquietamiento de los trabajadores (El Obrero, 1973b: 3).

Al año siguiente, en una nota dedicada a analizar los discursos pronunciados en el acto de la JP en Atlanta en marzo de 1974, la OCPO identificaba en la alocución de Firmenich un intento por formular una política independiente de Perón y el Movimiento Justicialista, destacando de ello su llamado a luchar contra el Pacto Social. En este sentido, “hoy la fractura entre el peronismo burgués y el peronismo revolucionario es irreversible y se profundizará más en la medida en que el peronismo revolucionario sepa responder a las crecientes necesidades de las masas trabajadoras” (El Obrero-Poder Obrero-MIR, 1974). Esto último guardaba importancia para la OCPO, que entendía infructuoso el proyecto de la JP si continuaba manifestando las “características ideológicas de fondo” (en referencia a su peronismo). En efecto, la organización

No sale del marco del reformismo. Se ataca ‘este’ pacto social pero no se cuestionan de fondo los fundamentos mismos de la política de Reconstrucción Nacional como proyecto de la burguesía argentina. En ese sentido, el nivel de radicalización de la clase, puesto en evidencia en las consignas creadas en Atlanta, está muy por delante de las definiciones adoptadas por la dirección de la JP y Montoneros (El Obrero-Poder Obrero-MIR, 1974: 12).

En este punto, la OCPO advertía un quiebre con la tribuna del acto, a la que veía portadora de un programa más radicalizado que la alianza con los empresarios nacionales que le proponían desde el atril:

Esta contradicción debe ser muy tenida en cuenta por todas las fuerzas revolucionarias del peronismo y marxismo. [...] En la práctica, en la lucha común, los revolucionarios debemos promover la ruptura de este proyecto aún reformista que se enunció en Atlanta [...] la necesidad de disputar la influencia del reformismo sobre esta base radicalizada es muy importante (El Obrero-Poder Obrero-MIR, 1974: 8).

Para desarrollar esa lucha ideológica con el reformismo, la OCPO planteaba la promoción del frente único con los “compañeros” de la JP, en cada hecho concreto, ya que esto permitiría conmovier políticamente a dicha fuerza. Esta propuesta de alianza es explicada en otra nota bajo un título que resumía su estrategia: “Unidad combatiente, polémica fraternal”. Allí partía de reconocerse los múltiples combates y barricadas en que habían confluído marxistas y “peronistas revolucionarios”. Sin embargo, la OCPO entendía necesario avanzar hacia una unidad más estrecha,

un acuerdo sobre bases más estables y profundas que permita desarrollar una alternativa ponderable y contundente a nivel nacional que ayude las amplias masas explotadas y oprimidas a canalizar sus energías combativas en más elevados niveles de organización, trazando una política obrera revolucionaria independiente de toda influencia burguesa. Esta alianza revolucionaria [...] no suplantará las definiciones más precisas que solo pueden resolverse en el Partido Revolucionario, ni borrará las diferencias ideológicas y políticas existentes [...] -debatidas franca y fraternalmente- dejarán saldos superiores y positivos en la plasmación de una política y organización revolucionaria para la toma del poder y la construcción del socialismo (El Obrero-Poder Obrero-MIR, 1974: 8).

Encontramos una lectura que contrasta claramente con las primeras caracterizaciones del peronismo de izquierda que aquí reseñamos. En este sentido, la propia OCPO asumía haber subestimado las contradicciones entre el peronismo burgués y el peronismo revolucionario, forjado

durante muchos años de lucha al lado del movimiento obrero, como fue la etapa de la Resistencia de las tomas de fábrica y huelgas generales, en donde se fue templando y desarrollando esta corriente. [...] Toda actitud que retrase, que obstruya la unidad de izquierda y peronismo revolucionarios, conspira contra la clase obrera, pues debilita el polo de los revolucionarios contra nuestros enemigos de clase (El Obrero-Poder Obrero-MIR, 1974: 8).

Sin embargo, es importante precisar que ello no implicó concesiones programáticas hacia el peronismo, ni un abandono de la perspectiva clasista y socialista. En este punto, disintimos con la tesis de Federico Cormick, quien analiza hacia mediados de 1975 la propuesta de un Frente Revolucionario. Para el autor, la OCPO habría apostado con él a

impulsar un programa popular de alternativa a la crisis, convocando al conjunto de la izquierda revolucionaria, lo cual incluía al PRT-ERP y a Montoneros. Reencauzando la idea del Frente Antiimperialista por el Socialismo, se habría tratado de lograr una articulación política del marxismo y el peronismo revolucionario profundizando “las relaciones políticas y organizativas entre las tres fuerzas fundamentales del campo revolucionario” (Cormick, 2016: 70-71). Desde esta óptica, se habrían relegado las diferencias programáticas (o incluso llegaría a producirse directamente un abandono del socialismo por un “programa popular”). Lo que aquí observamos, en cambio, es un acercamiento con el objetivo de acelerar la ruptura de Montoneros y la JP con su dirección, para atraerlas hacia la fuerza social revolucionaria. En este sentido, pese a valorar su aproximación –a partir de su ruptura con el gobierno de “Isabelita”- las limitaciones para su articulación con una línea socialista todavía eran importantes, en la medida en que continuaban colocándose en terreno de alianza con una fracción de la burguesía. Para la OCPO, el problema del peronismo revolucionario seguía siendo su peronismo, y en ese sentido le señalaban su rol de contención del proceso de radicalización política de la clase:

Los compañeros Montoneros no han modificado su concepción estratégica de Frente de Liberación Nacional en el cual (coherentemente) incluyen a los sectores supuestamente ‘nacionales’ de la burguesía, y esto ha llevado a posiciones de conciliación de clases. [...] Montoneros no ha sido ni es solo una determinada ideología y estrategia, sino fundamentalmente es un fenómeno político de masas, una alternativa que ha canalizado el proceso de radicalización hacia la izquierda de importantes sectores populares. Por eso hacemos expresas nuestras críticas y diferencias, y no eludimos la lucha política e ideológica (El Obrero-Poder Obrero-MIR, 1974: 7).

Como vemos, esta cita es elocuente respecto de la táctica desplegada por la OCPO para con el peronismo de izquierda. En este sentido, su estrategia frentista no puede hacernos perder de vista que la organización no abandonaba la disputa política hacia el interior, conservando la preocupación por no diluirse en el programa ajeno, sino además atraer al propio a aquellos que consideraba “compañeros” dentro del campo peronista.

Conclusiones

El objetivo de este artículo ha consistido en esclarecer las posiciones y caracterizaciones de El Obrero, y luego de la OCPO, frente al peronismo en los '70. Centralmente, hemos analizado aquellos documentos escritos referidos al peronismo como movimiento histórico y su carácter de clase, a la estrategia y figura de Perón, a su tercer gobierno y al peronismo de izquierda (Montoneros y la JP). Observamos que, en tanto organización marxista, con un programa netamente socialista (sin tareas previas) El Obrero enfatizaba el carácter burgués y conciliador del peronismo. Esta primera formulación

programática, no ha cambiado esencialmente a lo largo del tiempo. Lo que se complejizó (y que vimos manifestarse luego en la OCPO) fue, por un lado, la lectura del vínculo trazado entre dicho movimiento y su base social, ajustando sus impresiones previas a las elecciones de marzo del '73, respecto de un proceso de creciente ruptura entre ambos. De este modo, luego del triunfo de Cámpora, cobró relevancia para El Obrero la tarea de combate de la conciencia reformista en la clase trabajadora, identificada con el peronismo. Por otro lado, pero en relación a ello, se revalorizó la táctica democrática y el terreno electoral como campo de disputa político-ideológica válido para desarrollar la lucha revolucionaria. Por último, pero no menos importante, advertimos en la OCPO una lectura de la izquierda peronista que difiere de los primeros planteos. Ha dejado de ser vista como una fracción pequeño-burguesa del Movimiento, para pasar a ser analizada como una fuerza política que moviliza sectores radicalizados del movimiento obrero. Como contraparte, observamos que la OCPO refiere a "sectores burgueses del peronismo", dando a entender que se trata de un movimiento poli-clasista. Lamentablemente, no disponemos de ningún documento que, con la misma sistematicidad de los primeros, clarifique mejor este punto. Es innegable, de todas formas, que en el transcurso de cuatro años se han producido ciertos cambios en el análisis político de la organización. Sin embargo, la OCPO sostiene en sus planteos el carácter esencialmente burgués del peronismo, de intereses contrarios a todo proyecto de transformación social.

Podemos concluir, entonces, que la OCPO fue una organización dinámica que atendió a la evolución de los acontecimientos políticos de la etapa en que intervino, en función de los cuales se procesaba el replanteo de ciertos lineamientos estratégicos y/o tácticos, como ocurrió con el impacto de la cuestión democrática en el '73. En este sentido, resta indagar con otras fuentes acerca del surgimiento de una tendencia (al menos a nivel de la dirección nacional) que por su etiqueta de "populista" habría sido más proclive a concederle virtudes al peronismo como movimiento político. No obstante, nuestra hipótesis es que dicho debate fue saldado, pues públicamente no afectó ni implicó el abandono programático de la revolución socialista como horizonte, ni de la consecuente delimitación política del peronismo de izquierda. Lejos de "peronizarse" ella misma, la OCPO delineó para éste una estrategia de acercamiento con el propósito de profundizar su crisis con el Movimiento Peronista, y atraerlo así hacia la fuerza social revolucionaria.

Bibliografía

- AA. VV: **Organización Comunista Poder Obrero: una aproximación al Socialismo Revolucionario en los '70**, Ediciones A Vencer, Buenos Aires, 2009.
- CASTRO, Dardo e Iturburu, Juan: "*Organización Comunista Poder Obrero*", en **Lucha Armada en la Argentina**, año I, número 1, Buenos Aires, 2005.

- CORMICK, Federico: *"Poder Obrero y el FAS: los orígenes frentistas de OCPO"*, en **Revista archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda**, Buenos Aires, septiembre 2016, n°9.
- COSTILLA, Ana: *"Contra la corriente. El programa socialista de la Organización Comunista Poder Obrero (1969-1976)"*, en: Rugar, Brenda; Costilla, Ana y Guido Galafassi (comp.): **Dirán "hubo gigantes aquí". Izquierda, peronismo y clase obrera en los '60 y '70**, Ranelagh, Extramuros ediciones, 2017.
- MOHADED, Ana: **Memorias de los '70. La propuesta teórica, política, y organizativa de la OCPO**, tesis de Maestría en Cs. Sociales de la UNCA, Catamarca, 2009.
- PACHECO, Julieta: **Nacional y Popular. El MLN y la construcción del programa de liberación nacional (1955-1969)**, Buenos Aires, Ediciones ryr, 2012.
- TORTTI, María Cristina: *"La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución"*, en: Tortti, María Cristina (Dir.): **La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución**, Rosario, Prohistoria ediciones, 2014.

Fuentes

- El Obrero: **Acerca del carácter de la revolución en nuestro país**, 1970 (a).
- El Obrero: **Boletín para SMATA**, n° 6, 19/10/1970 (b).
- El Obrero: **Encuentro de la burguesía nacional con los reformistas argentinos**, 1971 (a).
- El Obrero: **El programa de Sitrac-Sitram. Aportes para la discusión**, 1971 (b).
- El Obrero: **El peronismo, esbozo de tesis**, 1971 (c).
- El Obrero: *"El GAN: esa burla siniestra"*, en *El Obrero*, N°1, 22/12/1972 (a).
- El Obrero: **Sobre la situación política actual**, 1972 (b).
- El Obrero: *"Peronismo y reformismo al desnudo"*, en *El Obrero*, N°2, 22/1/1973 (a).
- El Obrero: *El Obrero*, N°4, 12/11/1973 (b).
- El Obrero-Poder Obrero-MIR: *El Obrero*, N°5, 28/03/1974.

Entrevistas

- Entrevista a "Cheli", realizada por la autora, junio de 2018. Archivo Oral del CEICS.
- Entrevista a Javier, realizada por la autora, julio de 2018. Archivo Oral del CEICS.
- Entrevista a Mario, realizada por la autora, agosto de 2018. Archivo Oral del CEICS.